



Brasil inquieta

**AHORA MISMO****Francisco Longo**

La prensa internacional ha destacado con cierta inquietud los últimos movimientos de la política exterior brasileña. Horas antes de recibir a la Secretaria de Estado norteamericana, Hillary Clinton, el Presidente Lula manifestaba públicamente su rechazo a sumarse al consenso sobre las sanciones al régimen de Irán por su programa nuclear. Pese a las recientes condenas categóricas de la Unión Europea y Rusia, Brasil sigue brindando su apoyo al programa iraní "mientras se mantenga puramente pacífico". Las posiciones del gobierno de Brasilia menosprecian implícitamente las conclusiones del último informe de la Agencia Internacional de Energía Atómica de la ONU, dirigido por el sucesor de Mohamed ElBaradei, el japonés Yukiya Amano, en el que prácticamente se acusa al gobierno de Ahmadinejad de estar impulsando un programa encubierto de creación de armas nucleares. El ministro brasileño de Exteriores, Celso Amorim, ha llegado a comparar en público estas informaciones con los dossiers -deliberadamente falsificados, como se demostró después- previos a la invasión de Irán.

Alineándose con China y Turquía, la diplomacia de Itamaraty parece complacerse en recordar a la superpotencia norteamericana el advenimiento de un orden multipolar en el que algunas naciones poderosas reclaman y ejercen su independencia, alejándose de la tutela de Washington. Desde luego, el que Brasil, apoyado en su pujante desarrollo económico, es ya una de esas potencias emergentes no resulta dudoso para nadie.

En estos escenarios, la cuestión crucial es evaluar los efectos de los nuevos alineamientos sobre las grandes causas de la paz, el desarrollo, los derechos humanos, la reducción de la pobreza y la sostenibilidad medioambiental. ¿Cómo medir con estos criterios la evolución de la política exterior del gigante sudamericano? Si la posición sobre Irán resulta, desde luego, inquietante, no lo parecen menos algunos episodios relacionados con su liderazgo regional. Hace unos meses, la sobreactuación de la diplomacia brasileña en el caso de Honduras dinamitó prácticamente la credibilidad de la OEA y complicó hasta el final, a nuestro juicio, el hallazgo de una solución. Más recientes están en nuestra retina las imágenes ignominiosas de un Lula sonriente, junto a los hermanos Castro, el mismo día en que concluía su agonía carcelaria Orlando Zapata. ¿Mala suerte, la coincidencia del viaje a Cuba? Probablemente, pero hay amistades que tienen estas cosas.

Decía Lula durante una reciente visita a El Salvador, hablando del caso iraní, "...cada país ejerce su democracia como cree oportuno. Estados Unidos lo hace a su modo y no todo el mundo está de acuerdo". Esta desafortunada comparación de la democracia norteamericana con la teocracia de Teherán, en momentos en que miles de iraníes discrepantes son aplastados por los guardianes de la revolución, produce un cierto desasosiego. Brasil está llamado a ser, además de un actor global, un líder regional. Los éxitos económicos y sociales de estos años han multiplicado su "poder blando" en América Latina. Su política exterior, sin perjuicio de los intereses geoestratégicos nacionales, debiera ser sensible a las exigencias de ese papel de referente político y moral para todo el subcontinente.

Profesor y director del Instituto de Gobernanza y Dirección Pública de ESADE - Universidad Ramon Llull